

mio la gloriosa corona del martirio. Inflamado de celo el bendito Antonio á vista de tan santas reliquias, se encendió en su corazon el deseo de verter su sangre por amor de Jesucristo, é inmediatamente trata de trasladarse á la religion seráfica que ya desde su cuna daba mártires á la Religion.

Como es natural, llénanse de sobresalto los agustinos sintiendo vivamente perder prenda de tanto valor, y trabajaron cuanto les fué posible por disuadirle de su propósito; empero Antonio, fiel á las inspiraciones de Dios, logró vestir el hábito franciscano el año de 1221, no sin haber tenido que vencer obstáculos que se le presentaron.

De dia en dia empieza á crecer el fervor de este esclarecido héroe; á vista de la pobreza evangélica, de la humildad, obediencia y grande austeridad de los hijos del seráfico Francisco, se aumenta en él por momentos el deseo de derramar su sangre en defensa de la Religion, y de aquí el solicitar continuamente de sus superiores la licencia para marchar á predicar la fé á los infieles. En vano le hacian ver los peligros á que se esponia; él contemplaba la bravura de los mares, el rigor de la estación, y los ultrajes de que habia de ser víctima, y esclamando cual otro Pablo: «todo lo puedo en el Señor,» (1) obtiene la licencia que solicita y embárcase para Marruecos.

Empero ¿quién penetró jamás los juicios del Señor? ¿ó quién fué su secretario? (2) Por mas que Antonio suspirase por el martirio, Dios que dispone

(1) Omnia possum in eo, qui me confortat. Ad Philip. IV, v. 13.

(2) Quis cognovit senum Domini? Aut quis consiliarius ejus fuit? D. Paul. ad Rom. c. XI, v. 34.

á su placer de las criaturas, lo ordena de otro modo. Una grave enfermedad le acomete, obligado por la cual se detiene y se vé precisado á pasar todo el invierno en las costas de Africa. Determinó venir á España, y cuando ya estaba cercano á nuestra nacion, un golpe de viento arrojó el bajel en que navegaba, sobre las costas de Sicilia, tomando tierra en Messina, donde supo que el seráfico San Francisco celebraba capítulo general en Asís, y deseando conocer personalmente á su esclarecido padre, dirige sus pasos hácia aquella ciudad. Tuvo Antonio un buen recibimiento de San Francisco, quien abrazándole tiernamente descubrió al punto el precioso tesoro que se ocultaba en este siervo de Dios, dándole á entender á todos por las demostraciones de amor con que le distinguió.

Vivió retirado por algun tiempo en el convento de Monte-Paulo, contento porque de este modo sus talentos y virtudes estraordinarias podian permanecer ocultas, puesto que este convento estaba situado en un desierto. Mas necesario era que aquella antorcha resplandeciente se pusiese sobre el candelero debajo del celemin. Italia se vé combatida por todas partes por los mónstruos de la heregía, del cisma y de la impiedad. Con el veneno de la mala doctrina, los enemigos de Dios, puede decirse que incendiaron el santuario, destruyeron sus muros, abrazaron y abatieron los fuertes baluartes de la doctrina santa, y esparcieron sus preciosidades y tesoros (1). Necesario era por lo tanto en aquel pais un héroe que

(1) Incenderunt hostes domum Dei, destruxeruntque murum Jerusalem, universas turres combusserunt, et quidquid pretiosum fuerat, demoliti sunt. II Paralip. cap. XXXVI, v. 19.

reuniendo á sus virtudes una ciencia capaz de combatir con la impiedad, fuese suficiente á volver la tranquilidad á la Iglesia, y Antonio que ya habia dejado ver su sabiduría, enseñando Sagrada Teología por mandato de San Francisco, es el elegido para marchar á Italia á combatir frente á frente con los herejes: ved, pues, si con razon os dije que Antonio de Pádua fué formado para la Religion por la sabiduría.

Sigamos la historia de su maravillosa vida, y veremos triunfar la Religion por su misma sabiduría. Estoy en la

SEGUNDA PARTE.

Sí, grandes eran, señores, los errores del siglo XIII, Dios, que mira por su Iglesia, suscitó á Antonio de Pádua, para que combatiéndolos, dejase sin fuerza á los enemigos é hiciese con su sabiduría triunfar la religion tan fuerte y tenazmente perseguida por los heresiarcas en aquellos calamitosos días. Obediente nuestro héroe al mandato superior, preséntase en Italia, y en elocuentes y persuasivos sermones, empieza á defender los dogmas del catolicismo, y á refutar todos los falsos argumentos de los herejes. Lleno de celo por la causa de la Iglesia, puede decirse que volaba de una á otra parte, sembrando en todas la semilla del Evangelio, y arrancando la cizaña; y Provenza y la Marca Trevisana, y Velay y Roma y Pádua, con otras muchas ciudades, testigos fueron de los admirables frutos que sacaba Antonio de sus sermones. Cual ángel del Señor enviado para anunciar la verdad, es escuchado en todas

partes con el mayor respeto: veíase á cada paso interrumpido por los sollozos y llantos, siguiéndose á ellos innumerables conversiones. En todas partes penetra el eco de su voz: en los alcázares de los grandes reprende los vicios con libertad evangélica, haciendo ver á los poderosos la obligacion en que están de socorrer con sus limosnas á los menesterosos, de tratar con caridad á los pobres y de ayudar á sostener el culto de Dios: pasa despues á la humilde choza del pastor, á la casa del pobre, y enseñando á los infelices á ser fieles á Dios, y conformarse con el estado en que les ha colocado la Divina Providencia, les hace conocer los imperecederos bienes y eternas riquezas que están reservadas en el Cielo á los que se conforman con la voluntad del Hacedor supremo, la acatan y reverencian. Con todos consigue sus santos fines el bendito Antonio, y nuevos triunfos, nuevas glorias adquiere la Religion por su sabiduría.

No sin razon, ha sido apellidado nuestro héroe *martillo de los herejes*, pues puede decirse que jamás tuvo la herejía enemigo tan formidable, logrando desarmarla en todas partes, así con la persuasion de sus discursos, como por los milagros repetidos que Dios obra por su ministerio y en confirmacion de su doctrina. Hable Tolosa, testigo del gran prodigio que obra para la conversion de un heresiarca. Predicaba un dia con su acostumbrado celo sobre la presencia real de Jesucristo en el augusto Sacramento de nuestros altares, y como le hubiese oido un famoso hereje, le confesó que sus razones no tenian réplica, empero que él no creia tan gran misterio, toda vez que no viese un milagro que le persua-

diese. Bien está, le replicó el Santo, escoge el que sea tu voluntad. Pues el milagro que escojo, respondió el hereje, es que mi mula, estando bien hambrienta, deje la comida, por postrarse ante una hostia consagrada. Lleno de fé, el bendito Antonio convino en esta prueba, y despues de haber hecho ayunar por tres dias á la bestia, coloca la hostia sacrosanta delante de la mula, y bien cerca su usual alimento, y ¡oh prodigio de la diestra del Eterno! El que carecia de entendimiento y de alma racional, se postra de rodillas y presta á Dios sacramentado la adoracion que le habia negado aquel hijo rebelde y desnaturalizado de la Iglesia, que despedazaba las entrañas de su tierna y caritativa madre. Convirtiósse el obstinado hereje, y á su imitacion y á vista de tal portento, entraron en el seno de la Iglesia otros muchos incrédulos. Tan cierto es, señores, que Dios dá virtud y fuerza admirable á las palabras del predicador de su divina ley (1).

Subió en una ocasion á predicar en un puerto de mar, y como nadie quisiese oirle, vase á la orilla de las aguas, y lleno de confianza en el Señor, grita á los peces. *Pues no hay quien quiera oir la palabra de Dios, vosotros, que sois criaturas suyas, venid, y con vuestro rendimiento confundid la indocilidad de estos impíos.* ¡Prodigio extraño! Llenóse la playa de peces que sacando las cabezas del agua parecian escuchar atentos la plática que les dirigió el santo sobre la omnipotencia de Dios, permaneciendo tranquilos hasta que los despidió Antonio echándoles la bendicion; milagro que fué causa de la conversion de todo aquel

(1) Dominus dabit verbum evangelizantibus, virtute multa. Psalm. LXVII, v. 12.

pueblo; y ved aquí, señores, confirmado como la religion se vió triunfante por su sabiduría y predicacion elocuente, confirmada por multitud de prodigios.

Todo predicaba en Antonio; su modestia, su humildad, su mansedumbre, su caridad heróica: él sabe que está obligado á practicar las virtudes que predica si ha de ser bienaventurado (1), y así ganaba siempre los corazones y despues los convertia.

El tirano Ezelino, se habia apoderado de Verona, de Pádua, y de casi toda la Marca Trevisana, y engolfado en las encrespadas olas de la ambicion y guiado por la vanidad, eran para él de poco momento las ex-comunionen de la Silla Apostólica, y no hacia aprecio de las reconvencones de los príncipes confederados, cumpliéndose en él el dicho del salmista: *Vi al impío sumamente ensalzado, y elevado como los cedros del Libano* (2). El que á nadie habia temido, rindiósse ante la sabiduría de un fraile franciscano; Antonio se pone en su presencia, reprende sus maldades y le amonesta sériamente para que se convierta. «Atiende, le dice, á la equidad. No olvides que Dios protegerá al hombre pacífico, mas los injustos perecerán y las reliquias de los impíos serán destruidas. Vuelve en tí, llora tus crímenes, y eleva tus ruegos á Dios para que te perdone y te bendiga.» ¡Oh portento de la sabiduría y de la virtud de Antonio! Ezelino, dócil á la voz de este siervo de Dios cual los habitantes de Nínive á la del Profeta, se

(1) Qui ergo solverit unum de mandatis istis minimis, et docuerit sit homines, minimus vocabitur in regno cœlorum: qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno cœlorum.—Math. c. V, v. 19.

(2) Psalm. XXXVI, v. 35.

postra en su presencia, y siguiendo su consejo, ofrece como lo hace por entonces mudar de vida y corregir sus costumbres.

Así, consiguiendo triunfos admirables en todas partes, trabaja sin cesar, efecto de su amor á Jesucristo, y no obstante su quebrantada salud, consecuencia necesaria de sus continuas y rigurosas penitencias, convierte con su doctrina innumerables pecadores en Italia, Francia, Sicilia y España, recibiendo en premio de sus méritos, favores extraordinarios del Señor, que apareciéndosele en forma de niño hermoso le llenaba de celestiales dulzuras.

Llegó, empero, señores, la época en que Antonio debía subir al cielo á recibir la corona preparada á los justos. El sabe por revelacion del Señor su cercana muerte, y se prepara dignamente para ella: recibe con edificacion de los circunstantes los Santos Sacramentos, y entonando el himno *O gloriosa Domina*, entregó su alma á Dios el 13 de junio de 1231 á los treinta y seis años de su edad.

Tan grande era el concepto que en todas partes tenían de la santidad de este bienaventurado, que Gregorio IX, testigo ocular de sus virtudes, procedió con la mayor priesa á su canonizacion, de suerte que al año de su preciosa muerte estaba ya colocado en los altares; ¿y cómo podria ser de otro modo, cuando se sucedian con la mayor rapidez los prodigios y maravillas que el Señor se dignó efectuar por su intercesion despues de su muerte?

¡Ah señores! si hubiese de referir en este momento algunos de los prodigios obrados por el Santo, los muchos enfermos que salieron sanos al rogar ante su sepulcro, las muchas necesidades socorridas, los repeti-

dos milagros que leemos en las páginas de su historia, haria interminable el discurso, porque así por medio de sus reliquias, como de su sepulcro é invocacion, ha querido el Señor, en prueba de su santidad, como por uno de sus amigos, ostentarse en todos tiempos por él admirable con repetidos milagros, segun que en sentir del gran padre de la Iglesia San Agustin (1) y del angélico maestro Santo Tomás (2) suele hacerlo en prueba de la de sus muy amados siervos.

¿Quién recurrió jamás á Antonio que no salió socorrido? ¿Quién pidió algun favor particular á Dios por la intercesion de este Santo que no consiguiera el objeto de sus súplicas? (3). Su nombre es continuamente invocado, y los templos magníficos y altares suntuosos levantados á su memoria, pruebas son, señores, de la confianza que en él tienen los cristianos. Y puesto que á su sabiduría extraordinaria, se debieron tantas conversiones y que derrotando á tantos herejes como en sus dias afligian á la Iglesia, hizo triunfar la Religion, ¿no habré tenido razon para aplicarle las palabras con que dí principio á este discurso? *Quia ostendit tibi Deus omnia quæ locutus est numquid sapientiore et consimilem tui invenire potero?*

Sí, glorioso Antonio; á tu sabiduría y heróicas virtudes se debió en tus dias el triunfo de la Religion:

(1) D. Agust., epist. CCV.

(2) D. Thom., 1 part., quæst. CX.

(3) Las muchas maravillas que cada dia obra el Señor por los méritos de este Santo, se compendian en el siguiente responsorio, con que comunmente invocan los fieles á San Antonio:

Si quæris miracula, mors, error, calamitas
Dæmon, lepra, fugiunt; ægri surgunt sani:
Cedunt mare, vincula, membra, resque perditas
Petunt et accipiunt juvenes et cani.
Pereunt pericula, cesat et necessitas;
Narrent hi qui sentiunt, dicant paduani.

debamos nosotros á tu intercesion la Divina gracia, á fin de que imitando tus virtudes en la tierra, y llorando nuestros pasados extravíos, seamos un dia tus compañeros en el cielo. *Amen.*

SERMON PANEGIRICO

DE

SAN ANTONIO ABAD.

Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.

Vuestra vida está escondida en Dios por amor á Jesucristo.

Ad Coloss. cap. III, v. 3.

¡Qué dias tan felices para la Iglesia de Jesucristo, aquellos primeros del cristianismo en los que ser cristianos era ser santos! No bien el hombre reconocia como santa y verdadera la doctrina del Crucificado, cuando reengendrado por el bautismo, puede decirse que moria al mundo para siempre, para vivir en Dios por amor á Jesucristo. Ora el cristiano hiciese pública su santidad predicando y combatiendo los errores; hasta concluir su carrera en los martirios, ora practicase su ley en la oscuridad y sin darse á conocer por sus virtudes, siempre su vida era pura, sus costumbres santas, sus acciones todas arregladas á las que prescribe el Evangelio. Pablo, aquel Apóstol de Jesucristo, tan celoso por estender su gloria, y que si no multiplicaba su presencia, atendia á todos los